Barragán sin color

Lo que permanece cuando desaparece la postal.

Sábado por la noche, casi las once. Estoy en casa, tranquilo, con un whisky en la mano y el libro de Souto de Moura sobre Barragán frente a mí.

Lo hojeo despacio. Me detengo. Regreso. Lo estudio.

Es, sinceramente, una joya.

El libro, desde su diseño mismo, tiene una intención poderosísima. El color aparece solamente en la funda, en la portada y en tres primeras páginas que muestran la paleta barraganiana. Curiosamente, esa portada llena de color estuvo a punto de hacerme no comprarlo.

Después de eso, blanco y negro absoluto.

Todas las fotografías, perfectamente proporcionadas dentro de la página, están despojadas de color. Y eso no empobrece la arquitectura. Al contrario: la revela.

Porque la arquitectura de Barragán nunca fue el color.

Fue el espacio.

Fue la atmósfera, el silencio, la luz, la sombra, la proporción, la emoción contenida.

Durante años he sentido que muy pocos han sabido mirar realmente su obra. Muchos se quedaron con los colores vivos, con la postal, con aquello que podía reconocerse y repetirse fácilmente. Se encandilaron con los muros rosas, amarillos o azules, pero pocas veces alcanzaron a comprender aquello que estaba detrás.

Repitieron los muros.

No necesariamente el alma.

Por eso este libro me sacude.

La mirada de Eduardo Souto de Moura, premio Pritzker 2011, y la fotografía de Juan Rodríguez —a quien, confieso, no ubicaba— tocan algo que me resulta profundamente cercano: esa manera de mirar aquello que no necesita adornos; una mirada que se queda quieta, que espera, que observa sin invadir.

Esa misma sensibilidad la encuentro en la fotografía de Juan Rulfo, cuya obra siempre ha sido importante para mí.

Hay algo que emparenta esas miradas.

La capacidad de detenerse frente a lo que está a punto de desaparecer. De mirar lo que no grita. Lo que permanece en silencio. Lo que puede llegar a doler precisamente por su serenidad.

No es solamente una cuestión estética.

Es una ética del mirar.

Conocí este libro gracias a Valentino Hernández, admirado amigo y colega arquitecto guanajuatense, cofundador de 3me Arquitectos, quien me lo recomendó desde Madrid en diciembre.

Desde entonces lo busqué.

El primer intento falló: el libro nunca llegó.

Pero ayer, finalmente, lo conseguí.

Llegó.

Y esta noche estoy aquí, en silencio, hojeándolo lentamente.

Mirando.

Entendiendo.

Sintiendo.

Y reafirmando algo que cada vez me parece más importante: que existe algo casi sagrado en aprender a mirar.

Y que quizá Barragán, cuando se mira sin color, se entiende mejor.

Vaya experiencia.

Francisco Solórzano
2026